



CORAZÓN DE ORO

YANGUAS DE ERESMA // 2009



Érase una vez una familia de osos muy simpática. Vivían en una finca que Don Cejas que era el padre de familia, había comprado en el campo para su esposa Doña Rosita. Don Cejas se dedicaba a los grandes negocios y era muy estimado por todos. Su esposa, Doña Rosita, era muy servicial y comprensiva con todos. Tenía una gran capacidad para hacerse amiga de todo el mundo, pues respetaba siempre la forma de ser de los demás, y nunca se quejaba.

En ese hogar feliz tuvo lugar un gran acontecimiento. Nació un hijo. Don Cejas y Doña Rosita no sabiendo que nombre ponerle, como se trataba de un osito con un pelo muy suave, al final decidieron llamarle Peluchín. Y como de tal palo tal astilla, enseguida todo el mundo quiso mucho a

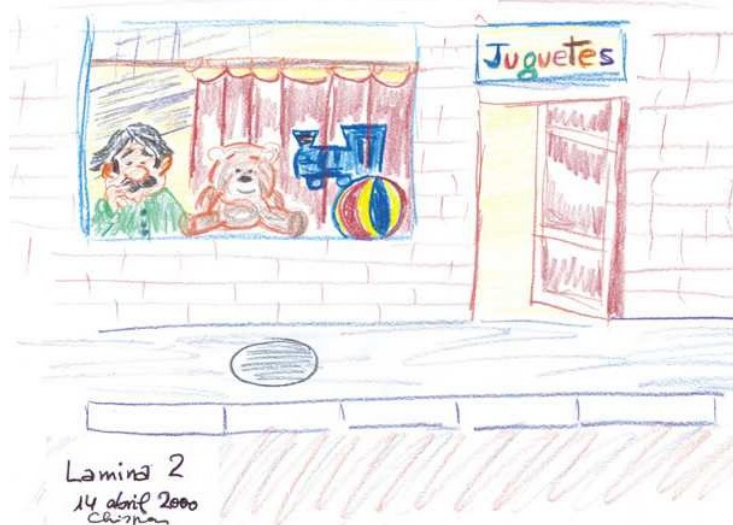
Peluchín. Todos decían que Peluchín tenía un corazón de oro.

Peluchín creció y sus padres empezaron a pensar en su futuro. Un día Don Cejas le dijo:

"Hijo mío, ¿has Pensado que quieres ser de mayor?". A lo que respondió: "Sí. Quiero ser un juguete para alegrar la vida de los niños".

Don Cejas, como buen padre, le explicó que lo de ser juguete era una profesión muy sacrificada. Y que a medida que se hiciera mayor se cansaría de los juegos de los niños. Pero sobre todo que luego sería muy difícil dar marcha atrás. Pues un juguete nunca puede dejar de ser juguete por su propia voluntad, necesita que alguien desee devolverle la libertad.

03



Peluchín escuchaba atentamente, aunque ya había tomado la decisión. Y por tanto no cambió de idea.

Doña Rosita, la madre de Peluchín, le dijo a su padre: "Realmente nuestro hijo tiene un corazón de oro. La profesión de juguete le irá bien a Peluchín. Así que Cejas deja al chico con sus ilusiones, ¡y no te preocupes más!".

Después de esto, llegado el momento, Don Cejas entregó a su hijo Peluchín al dueño de unos grandes almacenes.



Este sin dudar, lo colocó a su nueva adquisición en el escaparate, pues estaba seguro de que Peluchín sería un estupendo juguete.

04

Peluchín estuvo viviendo en la tienda de muñecos hasta que, por las Fiestas de Navidad, unos padres lo compraron para regalárselo a una hija.

Al principio la niña se entusiasmó con el regalo. Y llevaba a Peluchín a todos los sitios a donde ella iba. Pero, lo que son las cosas, antes de un mes la niña abandonó al osito en el corral de la casa. Ya no le gustaba.

Ahora jugaba con otros muñecos. Su hermano, que siempre estaba jugando a ser un gran guerrero, con plumas y todo, aprovechándose de que Peluchín estaba abandonado, lo cazó.



Lámina 4
16 abril 2000
Chispas



Lámina 5
16 abril 2000
Chispas

Primero lo dejó atado —muy, muy atado— a un poste del corral. Mientras tanto se dedicó a fabricar una jaula para meter al osito. A su vez, las gallinas del corral descubrieron a su rival atado a un poste y se liaron a darle picotazos. Pobre Peluchín. ¡Cuánto tenía que aguantar! Además, por las noches nadie se acordaba de él. ¡Cómo le gustaría que al menos le trataran como a las gallinas! Ellas eran llevadas al gallinero para pasar calentitas la noche. Peluchín tenía que soportar el frío y todo lo que supone tener que pasar la noche de pie y atado. De todos modos, como tenía un corazón de

oro, el osito Peluchín no se enfadaba de los malos tratos. Pensaba: "no soy más que un juguete, no merezco buenos tratos. Lo importante es que los niños jueguen conmigo y se lo pasen bien".

Y pasaron los días hasta que Carolo, que así se llamaba el niño que jugaba a ser un gran guerrero, terminó la jaula.

¡Qué descanso cuando por fin lo desataron! ¡Qué delicia estar dentro de una jaula sin que puedan picarte las gallinas!

Pero lo que Peluchín no sabía era el plan del gran guerrero Carolo. Todos los días Peluchín era utilizado como blanco de las flechas que lanzaba Carolo con el nuevo arco de indio que le habían regalado sus padres.



De todos modos, como tenía un corazón de oro, el osito Peluchín no se enfadaba. Pensaba: "No soy más que un juguete. Lo importante es que los niños jueguen conmigo". Pero las cosas se pusieron feas cuando vio que Carolo se disponía a meterle en un puchero de agua caliente para cocinarlo. Todo estaba listo para que el osito Peluchín fuera sacrificado al día siguiente.

Esa noche pasó algo insólito. Unos pajarillos que andaban por aquel corral se dieron cuenta de la situación desesperada de Peluchín, y cuando Carolo se fue a la cama, empezaron su





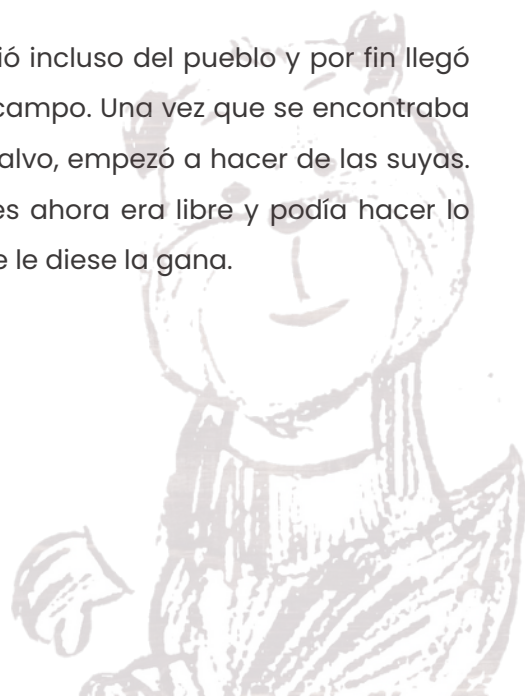
plan. Habían decidido sacarlo de la jaula y devolverle la libertad para que fuese libre como ellos. Y pensado, dicho y hecho.

Peluchín que había sufrido tanto y que había pensado que se encontraba solo, que no tenía amigos, se llevó una sorpresa. No era un sueño. Era verdad. Unos pajarillos habían deseado devolverle la libertad y le habían sacado de la jaula. Ahora, era libre ¡otra vez!

Aprovechando la obscuridad, Peluchín salió del corral sin hacer ruido. No quería que se despertasen las gallinas y que Carolo, el niño guerrero, se despertase por el alboroto y lo atrapase de nuevo.



Salió incluso del pueblo y por fin llegó al campo. Una vez que se encontraba a salvo, empezó a hacer de las suyas. Pues ahora era libre y podía hacer lo que le diese la gana.



Ya nadie le diría lo que tenía que hacer. Por fin era libre.

¡Qué alegría sentirse libre después de haber sufrido tantos malos tratos! (Pensaba). Ahora me dedicaré a ser un oso de verdad, ya no quiero ser un juguete (Se decía a sí mismo). Y así fue. Dormía lo que quería. Se comía la miel de las abejas.



Perseguía a los animalillos del bosque. Se bañaba en el río siempre que quería y asustaba a los peces.

¡Esto sí que es vida! (Se decía). Y así fueron pasando los días, y los meses, hasta que la nieve anunció —otra vez— la llegada de las Fiestas de Navidad y de Reyes.

Y llegó el día 5 de enero por la noche. Peluchín se había entretenido mucho jugando en hacer muñecos de nieve, y

como tenía muy fríos los pies y las manos no conseguía dormirse. De repente escuchó un sonido que le era familiar. Puso un poco de atención y lo volvió a escuchar. Sí, eran las campanillas de la Carroza y de los caballos que llevaban velozmente a los Reyes Magos.

Salió de su cueva y, si no se aparta de un brinco, los caballos le hubieran atropellado. Enseguida Baltasar dijo a Melchor y

Gaspar: "¿Habéis visto lo que yo?" Y Melchor respondió: "Sí, es el osito Peluchín". Enseguida dieron la vuelta y volvieron hasta donde estaba Peluchín, que les saludó con muchísima alegría.

Los Reyes Magos invitaron a Peluchín a que les acompañara, e incluso a que les ayudase a repartir los regalos. Peluchín aceptó encantado y de un salto se acomodó en la carroza, que de nuevo se puso en marcha hacia un pueblo cercano.

Una vez allí empezaron a dejar los regalos a todos los niños que habían preparado y dejado bien limpios sus zapatos. Como Peluchín tenía un corazón de oro, todo lo que decidían los Reyes Magos le parecía poco. Y razonamientos, buscaba en las bolsas y ponía siempre algún regalo más.



Lámina 11
1 Mayo 2000
Chispa



Lámina 12
27 abril 2000
Chispa

Con tanta generosidad se iban acabando los regalos a gran velocidad tanto que los Reyes tuvieron que ingeniárselas para que hubiese algo para todos.



Al final, cumplida la misión, mientras se alejaban lentamente del pueblo, divisaron —inesperadamente— una pobre casita de madera, de la que salía humo, y que no estaba registrada en sus listas de niños. Enseguida Peluchín, llevado por el entusiasmo, convenció a Melchor, Gaspar y Baltasar, y pusieron la carroza rumbo a la casita.

Mientras se acercaban, todos iban pensando el problemón que iban a tener si en esa casita había niños, pues ya se les habían terminado los regalos.

Una vez junto a la puerta, el primero en llegar a la ventana fue Peluchín. Cuando miró se llevó una agradable sorpresa. Sí, allí había una niña muy pobre —pues las

botas, aunque limpias, estaban llenas de agujeros—, dormida junto a un señor mayor que debía ser su abuelito. Peluchín fue a comunicárselo a los Reyes y se puso a buscar algo entre el montón de bolsas vacías que había en la parte alta de la carroza, con esperanza encontrar regalo olvidado. Por más que buscó, no encontró nada.

Los Reyes no dejaban de mirarle. Hasta que Peluchín, dando un gran salto, se apartó de ellos diciendo: “¿No estaréis pensando que yo sería un buen regalo? ¡Yo, ya soy libre! ¡No lo olvidéis! ¡A mí nadie me vuelve a tratar mal!” Pero los Reyes le dijeron: “Por supuesto Peluchín. Tu eres libre. Pero es una pena que esta niña tan linda se quede sin regalo”.

Peluchín seguía buscando algo mientras recordaba los malos tratos que recibió de la hermana de Carolo, de las gallinas y del mismo Carolo.

Empezaba a amanecer y los Reyes Magos dijeron a Peluchín: “Pronto sube que nos vamos. El próximo año le echaremos más regalos a esta niña. No te preocupes Peluchín, que tu eres libre”.

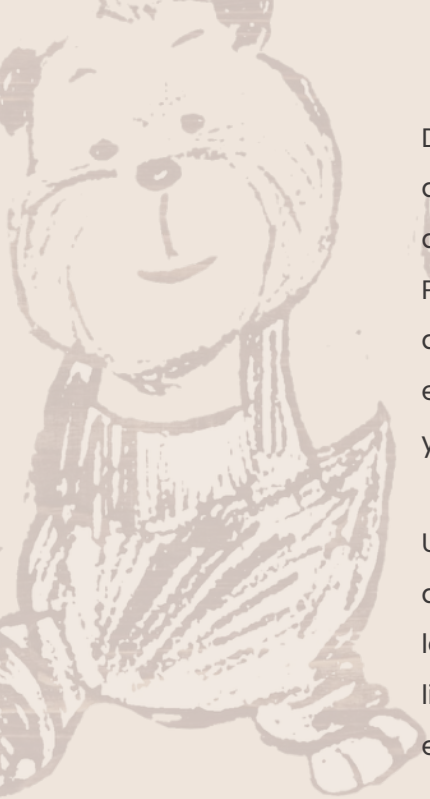
Y mientras se dirigía a la carroza (pensando: ¡Pues no faltaba más!), su “corazón de oro” le empezó a

recriminar: “¿Cómo vas a dejar a una niña sin regalo de Reyes?... Además no parece que tenga un hermano guerrero... Además es tan pobre que no tiene gallinas...”

Los Reyes Magos ya estaban nerviosos porque amanecía y ellos no deben ser vistos a la luz del sol; por ello una vez más le gritaron: “Peluchín, sube, que nos vamos”.

Ya iba a poner el pie en el pescante de la carroza cuando se detuvo y les dijo: “podéis ir. Yo me quedo. ¿Cómo se puede quedar una niña sin regalo? Si no os importa yo podría ser su regalo. ¿Para qué sirve la libertad si no es para hacer el bien?”. “Pero Peluchín, nosotros no queremos obligarte a ser de nuevo un juguete. Tú ya eres libre”. Dijeron a coro los Tres Reyes Magos.





Después de un rato de silencio, que se hizo muy largo, Peluchín les dijo: “No sois vosotros. Es mi “corazón de oro” el que me dice ahora, que soy libre, que debo quedarme”. Y sin decir una palabra más, Peluchín se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la casita de madera. La abrió sin dificultad, pues aquella niña y su abuelito eran tan pobres que no necesitaban poner cerradura en la puerta, ya que no tenían nada que les pudieran robar.

Una vez dentro, Peluchín fue caminando de puntillas, para no despertar a la niña y a su abuelito. Se colocó encima de las botas de la niña, y, mientras esperaba el día 6, pensó: “¿Para qué sirve la libertad si no es para servir y amar?”. Enseguida comenzó a bostezar, estaba cansado y tenía mucho sueño.

Los Reyes Magos se fueron muy contentos. Habían cumplido su misión. Todos los niños habían recibido un regalo, y además habían conseguido que Peluchín descubriera —por él mismo— lo bueno que es servir y amar, aunque haya que sufrir. Sí, Peluchín se llevó el mejor regalo, pues recuperó su “corazón de oro”.



Lamina 15
27 abril 2000
Chris nas



Mi afición por los cuentos se la debo a mis padrinos de bautismo, Ángel y Mercedes, ambos maestros, y muy empeñados en la tarea de conseguir que su ahijado cogiera pronto la afición por los libros. Sin ser ningún niño prodigio, era capaz de leer cuentos al punto de cumplir mis primeros cuatro años, lo que despertó aún más, si cabe, mi imaginación a la hora de narrar e interpretar, incluso a veces inventar, los cuentos que contaba a mi hermano y a mi prima. Cualidad que con el correr de los años, me ayudará enormemente en mis tareas de catequista.

Y por ello, como muestra de agradecimiento, por su cariño y, sobre todo, por su paciencia, aprovecho la ocasión, para dedicar este cuento a mis padrinos y, junto con ellos, a todos los maestros, por los que sigo sintiendo auténtica veneración.

Granada, 27 de noviembre de 1999

San José de Cabranz

Patrono de los Maestros.



Esta versión de



Corazón de Oro

*se imprimió el domingo, 25 de noviembre de 2000,
en Granada.*

© Copyright 2000, Ángel de Miguel Pérez .

Ilustraciones: E-mail: a-demiguel@terra.es

Maquetación e Impresión: E-mail: a-demiguel@terra.es

□ Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.